

#Nº A25 #

Suscripción en
oda España, 5
pesetas al año.
Idem en el ex-
tranjero, 8 fr.

LOS SUCESOS

Toda la corres-
pondencia debe
dirigirse al
Apartado de Co-
reos núm. 347.

A LOS FOTOGRAFOS

Certamen de Caras bonitas.

A nuestros corresponsales artísticos
y á todos los que hacen fotografías
en España, sean profesionales ó afi-
cionados.

Este periódico ha decidido publicar
en las portadas de todos sus números
caras bonitas, pero no fantásticas,
procedentes de dibujos, cuadros ó
postales extranjeras, sino caras au-
ténticas de muchachas españolas,
pobres ó ricas, sean de ciudad ó de
pueblo; basta que sean jóvenes y gua-
pas, pues nuestro propósito es rendir
un homenaje de admiración á la belle-
za de la mujer, sin distinción de cla-
ses.

Claro está que en este certamen,
cuya finalidad será formar el álbum
de las bellezas españolas, no entran
las artistas, ni mucho menos pueden
entrar esas mujeres que con el nom-
bre de cupletistas ó bailarinas, ocultan
su verdadero oficio. Esas, que se ve-
yayan á otros periódicos.

Para lograr nuestros deseos, he-
mos pensado que el mejor procedi-
miento es que los fotógrafos nos man-
den la fotografía que crean merecedora
de figurar en este certamen, en
una ampliación proporcionada al mo-
delo que hoy publicamos, ó de no ser
esto posible, en placa de 18 por 24
y SOLO DE LA CARA.

Con cada prueba ó placa vendrá el
nombre de la interesada y el del fotó-
grafo, al cual dejamos íntegra la
responsabilidad de cualquier reclama-
ción que hubiera por la publicación
de la fotografía.

Queda á nuestra libre elección el
publicar la que más nos guste ó este
en mejores condiciones de ser re-
producida. Y por cada una que publi-
quemos abonaremos al fotógrafo que
nos la envíe

25 PESETAS

Aunque no se trata de un concurso
con premios para la más guapa, que-
remos dedicar algún obsequio á todas,
absolutamente á todas las señoritas
cuya cara publicaremos, pero dejando
á su elección lo que más les agrade,
entre mil cosas de las que vendan
las casas más acreditadas de Madrid,
como, por ejemplo, relojes sombrillas,
pulseras, cadenas, abanicos, blusas,
etc. etc. De todo ello publicaremos en
el número que viene una lista para
que las interesadas elijan el objeto
que más les guste, el cual le será en-
viado completamente gratis.



La joven Alejandra Olivas Navarro,
de Albacete, que al disparar una pis-
tola para festejar el Sábado de Glo-
ria, se dió por descuido un tiro en la
cabeza, quedando muerta en el acto.
(Fot. J. Collado.)

Toros y toreros.

JUGANDO A LA OREJA

Gaudeamus igitur. Bombita está
en casa otra vez. Ya somos felices.
¿Que lo de las negociaciones con
Marruecos tal y cual?... ¿Y qué?
¿Que Canalejas y Gasset, "El Impar-
cial" y "La Tribuna"?... ¿Y qué?

La cuestión es que Bombita ha
entrado otra vez en nuestra plaza,
por la puerta grande, en compensa-
ción á haber salido la última vez por
la de la carnicería, con un ímpetu
de 250.000 demonios y con una ore-
ja en Madrid como los otros.

Una oreja hasta tal hora del día
de hoy, que sabe Dios la que maña-
na se armará de pañuelos en nues-
tra plaza á la hora de las concesio-
nes. No apostaría yo un pitillo, y no
fumo, á que mañana tendremos bas-
tantes pañuelos en Madrid para este
menester... ó para el otro, que todo
puede ocurrir.

Si los de los "futuros de algodón"
se enteran de esta nuestra situación
política, con dos "futuros" de eso y
tres "pretéritos de hilo" hacen un
negocio loco.

A estas alturas estamos rendidos
de tanto darle vueltas á la oreja de
Bombita. ¿Qué dolor de oídos! Un
rato discutimos sobre si estuvo bien
ó mal dictada la erre ó de conce-
sión; otro poco nos remontamos á
aquellas alturas de si la oreja se dió
para premiar una historia y protes-
tar contra Mosquera, ó subimos más
alto á las sublimidades de la serie-
dad de nuestra Plaza para afirmar
que aquí no deben hacerse tales re-
galos. Ya es tarde, pues aparte de
que semejante criterio es anticuado,
la soberanísima voluntad del pueblo,

la que aquí manda, no entiende de
esas seriedades. Ayer tuvieron la
oreja Chicorro, Pastor, Machaquito y
Bombita; mañana la tendrán Bienve-
nida, Manolete, Gaona y el Tintillo
casi chico. Pero ninguno, aunque to-
dos se le acercan, llegará á la altura
del heroico Cacheta, que cortó las dos
orejas de un bicho á consecuencia de
una sola estocada.

En serio, yo creo que está bien
que se otorgue esta distinción, no
con la prodigalidad con que aquí va-
mos dándola; pero sí con justicia,
cuando á toda ley se haya ganado.

Me parece bien de igual modo, que
como de la de Bombita ha dicho
"Don Modesto", se conceda para pre-
miar una historia brillante..., sólo
que en este caso debería darse la
oreja del último toro que despacha-
se el torero. Tampoco está mal que
se otorgue en son de protesta contra
la Empresa; pero entonces la oreja
que se debe conceder es la del em-
presario, porque ¿qué culpa tiene el
pobre toro de esas cosas?

Gracias á Dios estamos en la gran
época del torero. ¿Lagartijo? ¿Fras-
cuelo? ¿Mazzantini? ¿Guerra? ¿Cuan-
tas orejas tenían esos señores?

Ahora todos somos cachetas.
Que se cacheten Lagartijo, el Ne-
gro, etc.

Una cuadrilla de tres pares de olés.

Con tanto hablar y discutir so-
bre lo temporal y lo eterno de las
orejas, apenas si el que más ha con-
sagrado cinco palabras á ensalzar
como se merece la labor de la cua-
drilla de Bombita.

Hoy por hoy, es sin género alguno
de duda, la mejor organizada, ajus-
tada y disciplinada. No es sólo que
sus componentes sean de primera y
aun de primerísima; que haya un
enormísimo picador como el Chano,
un colosal banderillero como Pata-
tero, y el rey de los peones Enri-
que Alvarez; es que estos y los otros
que son también unos artistas de
primera, saben lo que hacen, se
mueven á su tiempo, y trabajan só-
lo para el matador y nada más que
para el matador.

Hay que ver la habilidad y el buen
arte con que los picadores pegan á
los toros y saben castigarlos y po-
ner los puyazos en su lugar... des-
canso para el matador.

Tres horas tiene que estar lar-
gando tela uno de aquellos grandes
peones para que el público se entre-
ga.

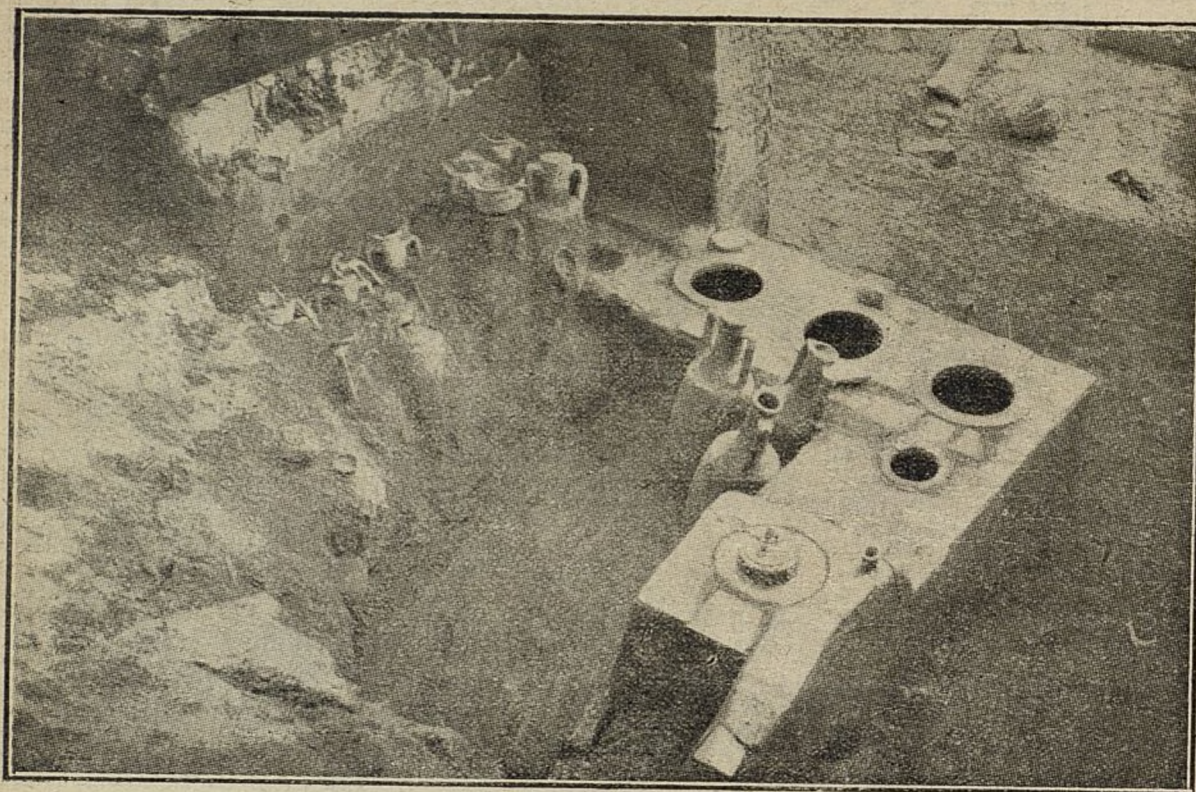
Y todo se hace con orden, sin ba-
rullo, sin voces, á su tiempo, y con
ello gana el matador y ganamos to-
dos. ¿Por qué no habían de ser así
las demás cuadrillas?

¿Es culpa de los jefes? ¿La tie-
nen los subordinados?

Vamos á echársela á todos y nos
pondremos lo justo.

DON PIO

Nuevos descubrimientos en Pompeya.



Taberna del primer siglo de la Era cristiana, tal y como ha sido descubierta.

A la sabia y apasionada dirección del profesor Vittorio Spinazzola debemos el conocer una nueva fase de la antigua Pompeya, destruida, como saben nuestros lectores, por la terrible erupción del Vesubio el año 79 de nuestra Era.

Poco á poco la antigua Pompeya resurge, y es probable que algún día, no lejano, después de haber hecho desaparecer el sudario que la cubre, aparezca ante nuestros ojos completa, alegre, tranquila y risueña como la veían los romanos hace cerca de dos mil años.

Y no es aventurado pensar así, si tenemos presente los asombrosos resultados, lo mucho que se ha hecho desde el mes de Julio de 1910 hasta el último de Marzo.

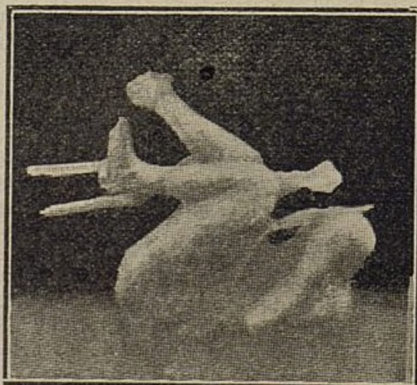
Grandes han sido los últimos descubrimientos, los trabajos del profesor Spinazzola, han puesto de descubierta la vida de los antiguos pompeyanos. Las excavaciones que se han hecho, nos dicen cómo vivían.

La parte de la antigua Pompeya, que conocíamos hasta la fecha, no presentaba sino aspectos desolados, monótonos, y aunque aquellas ruinas tienen un verdadero valor arqueológico, al espectador profano no le decían sino que aquello eran restos de una ciudad que fué prueba de una enorme catástrofe.

La Pompeya resucitada nuevamente, por el contrario, no evoca únicamente recuerdos é imágenes macabras,

sino que nos trae á la imaginación algo más íntimo, más amable; nos causa una impresión de calma, frescura y alegría que se destaca de las casas alineadas á lo largo de la calle, casas lindas, coquetonas, pintadas con frescos de vivos colores, tiendas y tabernas con los rótulos pintados y que dos mil años de sepultura, no han sabido borrar. Al verlo se decía que la cólera del Vesubio se calmó en parte al pasar sobre esta parte del pueblo, y que quiso evitar su total destrucción.

Este nuevo barrio de Pompeya, tan armonioso como severo es el antiguo, es la verdadera Pompeya artística, la ciudad delicada y bonita



Posición en que fué encontrado uno de los cadáveres.

de refinamientos y comodidades, verdadera ciudad de un pueblo artista, soñador y meridional.

El profesor Spinazzola continúa su labor, siguiendo un método de esfuerzos pacientes, constantes y minuciosos, con el fin de no deteriorar hallazgo alguno; de dejar en su lugar los objetos encontrados, ni estropear nada. De esa manera, siguiendo ese método cuidadoso, se obtienen reconstituciones de una exactitud asombrosa.

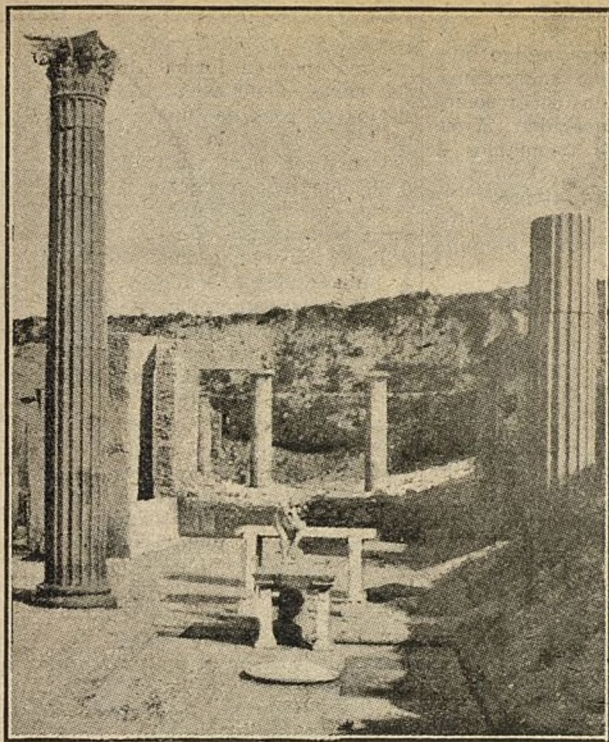
Puede decirse que, gracias á estos últimos descubrimientos llevados tan sabiamente á cabo, podemos formarnos exacta idea de lo que era la vida pública y familiar de Pompeya en el primer siglo de la Era cristiana.

La calle de la Abundancia, que ha quedado abierta, va desde el anfiteatro hasta la puerta de Sarno, y no tiene más de 70 metros de largo, y en ella hay unas diez casas, completamente al descubierto.

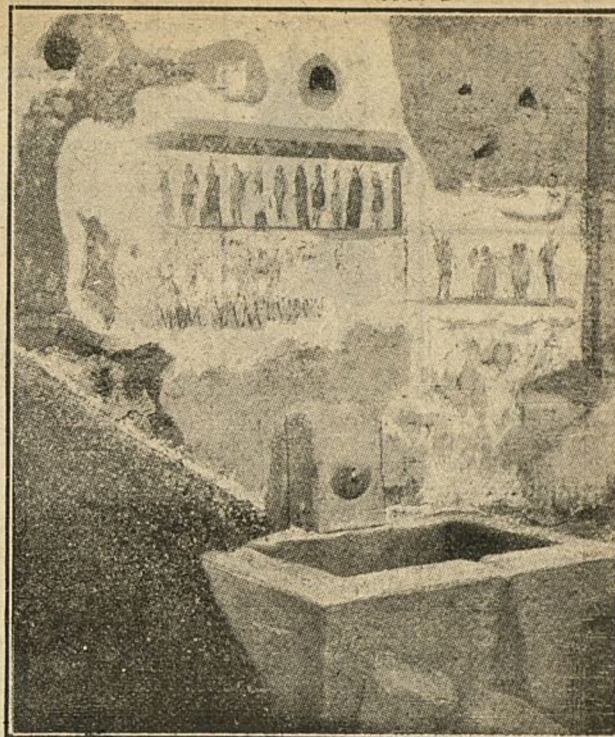
Hace algunos años en la calle de Nola, se descubrió una suntuosa casa que fué bautizada con el nombre de "Casa del Conde de Turín", por ser este príncipe el primero que la visitó.

La citada vivienda deja ver un atrio grande, con un altar y una estatua llena de inscripciones, en las que figura la que lleva el nombre de su propietario Obelio Firmo.

Delante del altar hay un pilón cuadrado con un surtidor de agua para



Atrio y peristilo de la casa de Obelio Firmo.



Fuente pública adornada de frescos.

mantener el atrio en temperatura fresca y agradable. Altas columnas adornan el peristilo, algunas de ellas intactas y completas, permiten hacerse una fiel idea del gusto de la Arquitectura.

En esta casa, vivienda de un rico ciudadano romano, las excavaciones han puesto á la vista un doloroso cuadro. En el umbral de la puerta se encontraron seis cadáveres. Sin duda los de Obelio Firmo y su familia. Son prendidos por la horrorosa catástrofe, buscaron la salida y cayeron juntos axtisiados por las cenizas del volcán.

Por la posición de los esqueletos, se comprende sus postreras aptitudes. Marido y mujer, cogidos de la mano, se miran diciéndose adiós, dos niños abrazados, con las cabecitas juntas, se dan el último beso y cerca, otras dos personas, esclavos probablemente, con sus miembros contraídos atestiguan las últimas contorsiones del terror.

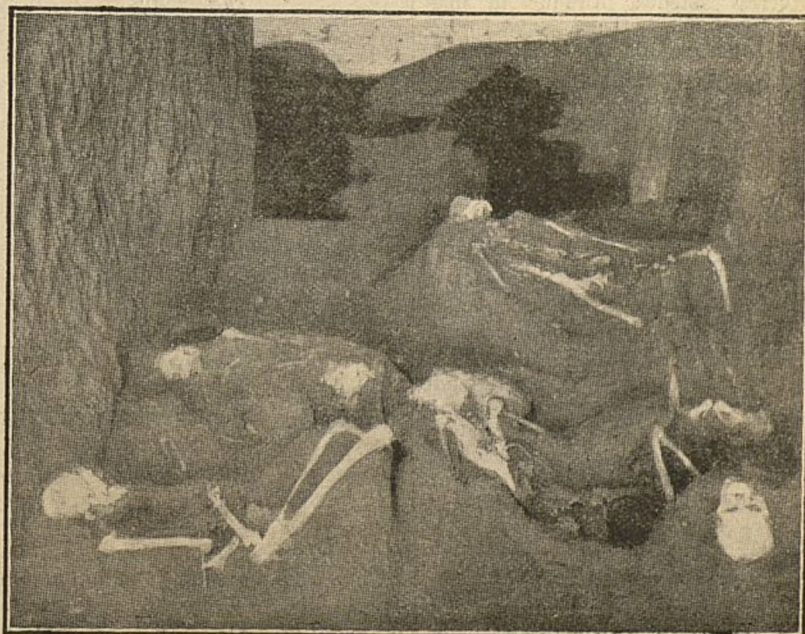
Cerca de este mismo sitio, ha sido descubierto el cadáver de un hombre hecho una pelota, con las manos crispadas, y los pies enlazados á una rama de árbol, donde sin duda subió para salvarse de la catástrofe, y que rompió con su propio peso, yendo á sepultarse entre la lava hirviente.

Aparte de estos macabros hallazgos, el viajero encontrará en la nueva Pompeya, espectáculos menos desagradables. Una pequeña fuente adosada á la pared, que está adornada con dos grandes frescos, representando el uno, las doce divinidades del Olimpo, y el otro una escena de sacrificio.

Otra cosa que llamará la atención del viajero, es el "Thermopolium", especie de café ó taberna, donde se expendían bebidas perfumadas, refres-

cos, dulces y pescadillas y salmonetes fritos. La expenduría no tiene más de dos metros de largo. Los consumidores esperaban en la calle, fuera del mostrador, en ángulo recto, que presenta cuatro agujeros, era donde se cocinaban los manjares favoritos de los pompeyanos. En una de las extremidades, se ve una caldera cerrada á cadena y provista de un tubo, para el escape del vapor. Al cabo de diez y ocho siglos, se ha encontrado agua en la citada caldera. A lo largo de las paredes, cerca del horno, se ven unas quince ánforas de bronce, de cristal y de barro, recipientes que contenían

variadas bebidas, varios artículos necesarios en la vida ordinaria y una cajita de hueso con una porción de monedas de oro y plata, sin duda la recaudación del día hasta el momento de la terrible catástrofe. En la interesante taberna, se han encontrado además objetos tan curiosos como un recipiente en forma de gallo, con el pico abierto, por donde salía la bebida; varios cálices de vidrio fino, destinados á perfumes y esencias, una lámpara pequeña que tiene la forma de un pie humano calzado de sandalia, en la que se lee el nombre del fabricante Spondilio.



Los restos de la familia de Obelio Firmo.

LA VIDA —EN— BROMA

El tío
Paco.



Nos hemos llevado un chasco inmenso los que conocemos á Navarro Reverter. Creíamos que venía á implantar nuevos impuestos y establecer nuevos monopolios, para salvar la Hacienda española, y ha venido simplemente á ponerles las peras á cuartos á los demás ministros.

D. Juan no es, pues, el Navarro Reverter de otras épocas. Es el tío Paco, que viene con la rebaja. Y es que Canalejas temiendo un desastre, debió de decirle, parodiando al Tenorio:

—D. Juan, D. Juan!... Yo lo impioro de tu hidalga compasión:
O arráncame el corazón
ó salva nuestro Tesoro!"

Así ha ido devolviendo á todos sus compañeros de Gabinete los presupuestos parciales que le habían mandado para que todos ellos introduzcan economías, reduciendo, en lo posible, la cifra de gastos.

Pero si no se consigna más que lo preciso—le replicó Barroso.

—Lo preciso! ¿Y no quita usted parte de la Policía? Entonces, ¿qué es para usted lo inútil?

—Pero, D. Juan!...

—No hay más remedio. O quita usted algo, ó lo quito yo.

Y uno ú otro tendrá que quitario, ya verán ustedes. Aunque lo más probable es que lo quite Navarro Reverter, que ha ido al Ministerio de Hacienda para eso.

Al mismo general Luque, le ha devuelto el presupuesto de Guerra, diciéndole:

—A rebajar, amigo!...

—Pero...

—No hay tío, pásame usted el río!

Por cierto que Luque se amoscó, creyendo que se lo decía por lo del río Kert. Pero nada más lejos del ánimo del ministro de Hacienda que recordar aquel mal paso. Lo que quiere es salvar al país de la ruina, porque, por lo visto, van comprendiendo los gobernantes que nuestro porvenir no está en Africa, sino en Peñaranda.

También al ministro de Gracia y Justicia le ha devuelto el suyo, porque se advertía un aumento en lo tocante al Clero.

—¿Qué es esto, amigo Arias?... Aumentos á estas alturas...

—Para el Clero sí señor.

—Pero se ha olvidado usted de lo que se le dijo en un Consejo de ministros?

—Es que estas atenciones son sagradas.

—Las que son sagradas, amigo mío, son las atenciones que merecemos Canalejas y yo cuando encarecemos un favor. ¡Hale!... Enseguida; á suprimir aumentos, ó le mandamos á su casa.

Arias de Miranda se aterró.

—Por Dios, D. Juan; déjeme usted estas pesetas, que no van á ninguna parte.

—¿Cómo! ¿Es que no tiene usted en cuenta nuestros Consejos?...

—Sí, señor... Pero se trata del Clero, y al mismo Canalejas le gusta tenerlo contento.

—¿A Canalejas! ¿Eso es una papa! Y la prueba está en que no tuvo inconveniente el otro día en matar al Pontífice.

—Es verdad. ¡El papa é morto!

—Pues lo mismo le quitamos la cabeza á usted! Conque... ¡A suprimir gastos!...

Y Arias de Miranda, que dentro del Gobierno, no quiere ser rémora ni obstáculo (pero sí ministro á toda costa); cogió el presupuesto y empezó á reducir partidas, hasta dejarlo á gusto de su compañero, á quien acusa de anticlerical, y le llama el Nakens del Gabinete, por esta actitud en contra del Clero.

Villanueva, fué el ministro más rápido en acometer la campaña de las economías. Se levantó un día, y en un momento, quitó gratificaciones, sobresueldos y momios que venían disfrutando los protegidos de ciertos personajes influyentes.

Claro que esta medida puso fuera de sí á muchos señores que se reían de las desdichas nacionales, de la carestía de la vida y de las emigraciones á Buenos Aires, porque no comprendían ellos que hubiera penas en el mundo. Pero la medida ha sido celebrada y aplaudida por todo el



ESTEVANILLO

país, que ya estaba deseando encontrar ocasión de aplaudir á alguien más que á Vicente Pastor, á la Goya y á la Chelito.

F. ROIG BATALLER

¡Eclipses á nosotros, bah!

Preocupar en forma alguna no pueden á un español ni los eclipses de luna ni los eclipses de sol.

Cualquier país ilustrado ó de mediano progreso, tiene motivo sobrado para preocuparse de eso.

Pero, España ¿cómo va á impresionarse, señores, si está acostumbrada ya á eclipses mucho mayores?...

Se eclipsó, primeramente, cuando era en gloria fecundo, el poder omnipotente que ejercía en todo el mundo.

Y el sol que no se ponía jamás en nuestras llanuras, se eclipsó por fin un día ¡y nos quedamos á oscuras!

Y así está el suelo español, á oscuras, con fango y todo. ¡Que en Flandes se ha puesto el sol y aquí se ha eclipsado todo!

Desde aquella fecha acá tan frecuentísimos son los eclipses, que estos ya no nos llaman la atención.

¿En qué español hacen mella los de sol ni los de luna, si hasta se eclipsó su estrella, su alegría y su fortuna?...

Aquí hay eclipses de fe, y, á veces, de independencia, y otras, con perdón de usted, de honradez y de decencia.

Hay eclipses de avaricia, de genios, como Moret, y hasta los hay de Justicia según nos cuenta Gasset.

En nuestra administración los hay de moralidad que, no sé por qué razón, duran una eternidad.

Los hay también de partido como el del conservador, que fué un eclipse de ruido que trascendió al exterior.

Eclipse sensacional que la nación ofendida pide que sea total... ¡vamos, pa toda la vida!

Los hay de lógica y gracia que levantan grandes quejas, y los de la democracia famosa de Canalejas.

No digamos lo frecuentes que son en el suelo ibero los de amor entre parientes y además, los de dinero.

Cómo el sentido común se eclipsó, y no hay una perra, ¡claro, pasados por un eclipse de pan que aterra!

¡Y es la vida nacional del pobre pueblo español eterno eclipse total de justicia, pan y sol!

Esta razón, cual ninguna, explica su indiferencia.

¡Ya no hay más sol ni más luna que la luna de Valencia!

Ningún eclipse aquí asombra y si la sombra ó el sol alguien á lo mejor nombra, es...! porque el circo español, tiene sol y tiene sombra!

FEDERICO HERRERA

EN BUSCA DE MARIDO



Conozco á los noruegos, los rusos, los ingleses.
He visitado Escocia, traté á los irlandeses.
En el Norte de Europa, según es mi impresión,
No hay hombre á quien yo pueda darle mi corazón.

Creo que me conviene algo de paz y calma.
Con un viaje á mi patria daré descanso al alma.
A América regreso en busca de reposo,
Que aún tengo mucho tiempo para encontrar esposo.

Camino de la América, olvidando el amor,
La viuda es conducida en rápido vapor.
El capitán, al verla, se siente enamorado,
Y está constantemente cosidito á su lado.

El marino la obsequia; galante la enamora,
Solicito la atiende, no la abandona una hora.
Apasionado muestra su corazón ardiente,
Y promete quererla, amarla eternamente.

Escucha sus palabras la viuda, conmovida;
Se siente impresionada; el amor es su vida;
Quisiera resistirse, pero ella es tan amante,
Tan sensible, tan tierna, y el novio es tan galante...

El dulce palabreo de la charla amorosa
Del hombre que la adora, la enciende ruborosa,
Y siente palpar su tierno corazón,
Que poco á poco inflama del fuego la pasión.

"¡Alma del alma mía, mi cielo, mi embeleso!
Permite que en tu boca estampe amante beso."
Decía el capitán, arrebatado, ardiente,
Cuando una ola tremenda les bañó de repente.

Encontróse la viuda calada hasta los huesos.
"No me hable, capitán, de amores ni de besos."
La llama que ya ardía aquí, en mi corazón,
Ha quedado apagada por este chapuzón".

FERS

EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCEOS"

la justicia. Nadie como yo desea que los criminales sean cogidos, juzgados y castigados; pero no he de negarle que me molesta verle aquí recordándome esas tragedias. Además, es imposible que yo le pueda decir nada que le sea de utilidad.

Es muy probable que así sea—contestó Jack—pero en cambio puede usted contestarme á algunas preguntas, pero no contestando con repugnancia, como quien cumple un deber, sino como entre amigos. Podrán parecerle preguntas tontas sin valor, pero para mí lo pueden tener, así pues, le suplico me conteste si puede. ¿El señor Fynes, sabe usted si era amigo del Vanderpole?

—No lo sé—contestó Penélope—pero creo que no.

—¿Sabe usted si los dos perseguían algo en común, ó tenían algún negocio, algún asunto en que ambos estuvieran interesados?

Miss Morse sacudió la cabeza.

—Tampoco lo creo, sé muy poco de los asuntos de Mr. Fynes, en cuanto al señor Vanderpole sólo sé que era muy aficionado al pelo y muy entusiasta por su carrera.

—¿Por su carrera?—preguntó el policía. ¿Estaba agregado á la embajada americana, no es verdad?

—En efecto, así era—contestó la joven.

—Y diga usted—continuó preguntando el inspector—El señor Hamilton Fynes no era también de la misma carrera?

—No, qué había de ser!—replicó Penélope. Yo siempre le oí decir que era empleado del Estado y me parece que de Hacienda. Algo le he oído hablar de aduanas, de derechos de importación, qué sé yo, algo así.

—El inspector continuó:

—No he podido sacar, aún en limpio el verdadero empleo que tenía el señor Fynes en Washington; que era empleado, sí, pero nada más.

—Pues sabe usted lo mismo que yo—dijo Penélope.

El policía continuó bajando la voz.

—Hemos enviado á Washington un mensajero especial, con objeto de averiguar allí mismo todo lo concerniente al infeliz asesinado, y además lleva el encargo de hacer un minucioso registro en sus habitaciones, á ver si podemos encontrar algo que nos ayude á solucionar tan tenebroso misterio. ¿Quién sabe!, puede haber cualquier enemigo. En cambio, en el caso del señor Vanderpole, no podemos suponer eso, era demasiado joven; era un muchacho para que tuviera tan encarnizados enemigos. Estoy seguro de que el motivo obedece á otras causas.

—¿Y usted no cree que haya podido

ser el robo la verdadera causa?—preguntó Miss Morse—.

—No á lo menos no es un robo vulgar—contestó el inspector—. Un hombre que comete esos crímenes es capaz de cosas mucho mayores, un hombre que podría encargarse de empresas mucho más renumerativas. Ni es el robo, ni es un hombre vulgar.

—Usted me perdonará—le interrumpió Miss Morse—que le suplique siga con su interrogatorio, y terminemos pronto porque no quisiera que viniera mi tía y sospechara algo de esto; pues me sería muy desagradable.

—Siento mucho, señorita, causarle tal molestia, pero póngase en mi lugar, considere mi posición y dígame lo que piensa de esas dos tragedias, y ayúdeme á buscar la causa, el interés que se ha podido tener en hacer desaparecer á esos dos señores, del mundo de los vivos.

—Lo que yo puedo asegurar á usted señor Jack, es que no le oculto nada, y que si pudiera, ayudaría con gusto á la justicia para que cogieran al autor ó autores de esos asesinatos, pero lo que no me agrada es esa insistencia de usted, cuando yo no puedo servirle de nada ni decirle más de lo que se dicho. Usted es Policía, y sabe lo que yo sé. El señor Fynes, ciudadano americano, fué robado y asesinado camino de Londres: el señor Ricardo Vanderpole asesinado después de haber hecho una visita al señor James C. Coulson, la única persona á quien parece conocía en Londres el señor Fynes. Ahora bien: ¿Fynes y Coulson tenían algún negocio, algún secreto? Y si era así, ¿Coulson hizo partícipe de ellos á Vanderpole? En este caso, ¿Puede obedecer á una misma causa el asesinato de ambos?

—Perfectamente razonado—dijo el inspector—; continúe usted señorita.

—No soy yo, sino usted, quien debe hacer esos razonamientos, pero me parece que teniendo Mr. Fynes relación con el Gobierno de los Estados Unidos, puede suceder que estos crímenes tengan una causa política.

El inspector se sonrió, cogió su sombrero y se puso de pie.

Penélope tocó el timbre y dió un suspiro de satisfacción, al ver que su inquisidor se disponía á partir.

—Mi distinguida señorita; no puede usted imaginarse lo importante que es para nosotros oír diferentes pareceres y opiniones. No sabe usted—continuó mirando fijamente á la cabeza de la joven—el servicio que me ha hecho, pero puedo asegurarla que me ha ayudado en algo.

Un criado entró, el inspector se dispuso á salir.

Penélope que había permanecido de

pie en la misma posición que cuando sonó el timbre, dijo al criado:

—Espere ahí fuera—y luego encarándose con el inspector continuó—: Dígame señor Jack, en que le he ayudado? ¿Por qué dice usted que le he prestado un servicio? Explíquese usted.

El policía permaneció inmóvil y silencioso, durante algunos segundos. Su cara también permaneció impasible, luego dijo:

—Si usted desde un principio se hubiera puesto de mi lado, yo tendría la respuesta para su pregunta. Lo que usted me ha dicho, ha sido contra su voluntad, sin saber lo que decía. Además he comprendido claramente que tiene usted empeño decidido en embrollarme y darme malas pistas en este asunto y que nuestros intereses están encontrados. Adios, señorita Morse. Espero no volver á molestar á usted.

El inspector saludó con profunda reverencia y salió.

Penélope escuchó el ruido de sus pasos y cuando oyó cerrar la puerta de la calle, lanzó un suspiro y cayó abatida sobre un sillón.

OTRA ENTREVISTA

XI

La vida del señor Coulson era la de un hombre de negocios que no estaba esclavizado por éstos. Se levantaba temprano, se afeitaba y bañaba tranquilamente, se desayunaba con lo que para muchos hubiera servido de comida, encendía un puro descomunado y recorría uno de los periódicos de la mañana; después de bien dadas las once, se echaba á la calle, á sus negocios, como él decía, y solía almorzar en cualquier restaurant de la City.

De cuatro á cinco regresaba al hotel, y hasta la hora de la comida se le encontraba invariablemente en el café del hotel, charlando con algún viajero y bebiendo abundantes copas de coñac ó de wiskey.

Seis días llevaba Coulson en Londres, cuando al volver una tarde al hotel, á eso de las cuatro y media, le dijo un camarero:

—Señor Coulson, en el café le espera á usted un caballero. Ya hace rato que está aquí.

Entró Coulson y vió que quien le aguardaba era el señor Jack.

Su cara se contrajo por un momento, se detuvo, y luego, con decisión, atravesó el café, y dirigiéndose al Policía, le alargó la mano.

—¿Cómo está usted, señor Jack?

El inspector se levantó.

—Siento mucho, señor Coulson, tener que venir á molestarle de nuevo,

pero si tiene usted la bondad de concederme un par de minutos, se lo agradeceré infinito.

Mr. Coulson rió con franqueza, y le dijo:

—No un par de minutos, un par de horas si usted gusta, y más aún. Ya he terminado mis asuntos por hoy. No tengo nada que hacer. Coja usted un puro, fumemos y charlemos.

El inspector cogió un cigarro de la caja que Coulson le presentaba, y dio las gracias. Estaban en un rincón del salón, y podían hablar sin temor de que les oyeran.

—¿Dígame—preguntó Coulson—,

—¿Sigue usted ocupándose del asunto Fynes?

—En parte, sí, señor;—replicó el inspector.

—Que quiere usted que le diga. No es que á mi me vaya ni me venga nada en ese asunto, pero me parece que llevan ustedes muy despacio eso. La policía de Nueva York no hubiera tardado veinte minutos en descubrirlo. Y conste, mi querido amigo, que no lo digo por molestar á usted.

—No me molesta usted ni me ofende. Tengo que confesar que hay mucho de verdad en lo que dice. Estamos completamente desorientados; pero no dejaré usted de confesar que las circunstancias son verdaderamente excepcionales.

Coulson sacudió con el dedo meñique la ceniza de su cigarro, y contestó:

—Sí, en efecto, y sobre todo si nos basamos en lo que dicen los periódicos; pero yo no puedo creer que la policía no sepa algo más que lo que dicen los diarios. A que tienen ustedes alguna otra pista; á que ya se figuran cómo fué cometido el crimen y qué clase de persona es el asesino, poco más ó menos.

—Desde luego, desde luego. Sabemos algo más de lo que se cree y de lo que dicen los periódicos, pero de todas maneras, cree usted, señor Coulson, que es un rompecabezas, tan rompecabezas como el del asesinato del joven americano, acaecido al día siguiente.

—¿Han cogido á alguien?—preguntó Coulson.

—Aún no—contestó el inspector.

—Supongo que habrá leído usted todo lo que dicen del asesinato del señor Vanderpole.

—Todo ello, hasta la última línea. Por cierto que es lo más interesante de lo que he leído desde que estoy en Londres.

—Voy á ser franco con usted—dijo Jacks.—Voy á decirle á qué he venido.

—Hable, hable, me encanta saber lo que piensan los demás.

—Pues he venido, porque da la rara coincidencia, de que además de

la ligera amistad que tenía usted con el Sr. Fynes, resulta que también era usted amigo del joven Vanderpole, y la última persona que le vió vivo.

—¿Y cómo, diantres, sabe usted eso?—preguntó Coulson.

—Pues muy sencillamente—replicó sonriendo Jacks—. El automóvil salió de aquí, donde había venido á visitar á alguien, y no es difícil preguntar y saber que á quien vino á ver y con quien habló en este mismo salón, era el Sr. Coulson, de Nueva York.

—Sí, señor, y sentado ahí donde está usted.



—Pues bien—continuó diciendo Mr. Jacks—, cuando me he enterado de tan extraña coincidencia, me ha parecido oportuno venir á verle y tener una entrevista.

Coulson se quedó meditando un rato, al cabo del cual exclamó:

—En efecto, en efecto, sí que es una rara coincidencia. Dos hombres asesinados en veinticuatro horas, los dos conocidos míos y casi casi la última persona con quien hablaban. Le aseguro á usted, Sr. Jacks, que esto va picando en historia, y ¿por qué no decirlo. Siento algo así que se parece al miedo. Me parece que voy á dejar mis asuntos de Londres y largarme á París á escape.

—No le creo á usted tan medroso—le dijo sonriendo el policía—. De todas maneras, supongo que no tendrá usted inconveniente en decirme todo lo que sepa del Sr. Vanderpole, secretario de la Embajada de los Estados Unidos y á lo que vino á

ver á usted á este hotel el otro día.

—Pues ahora lo sabrá—dijo Coulson—. Es probable que usted conozca la casa Coulson, Bruce y Compañía, de Jersey City. Yo soy el presidente de un Sindicato que quiere registrar é introducir en Europa algunas máquinas de nuestra invención, y he venido aquí para que nuestros embajadores en Londres y en París, me enteren bien sobre las patentes industriales, los tratados, etcétera, etc., y me ayuden en mi empresa. En una palabra, no empezar el negocio, sin tener atados todos los cabos. Telegrafíé al embajador anunciándole mi llegada, y por teléfono al llegar al hotel, y una hora después se me presentaba el joven diplomático Sr. Vanderpole, por cierto simpatiquísimo, muy fino, y me traía un folleto manuscrito sobre el asunto en cuestión. Arriba lo tengo, en mi cuarto, si le interesan esas cosas se lo puedo enseñar.

El inspector escuchaba con interés.

—Quizá pueda serme útil el ver esos documentos, y si no fuera muy molesto...

Coulson se puso de pie, diciendo:

—Espéreme aquí, voy por ellos; al momento vuelvo.

Así lo hizo; á los pocos minutos, apareció Coulson con los papeles, que puso encima de la mesa á la vista del policía, quien los examinó detenidamente.

Llevaban un sello que decía: "Embajada de los Estados Unidos", y trataba de las leyes de patentes de invención, derechos de Aduanas, etc., etc., tal y como había dicho Coulson. Al final unas cuantas líneas de puño y letra del embajador dando su opinión sobre el negocio.

Coulson sacó del bolsillo otro paquete de papeles y se los alargó al inspector, diciendo:

—Si tiene usted algún tiempo que perder, vea ésto á ver que le parece. Creo que será un buen negocio.

Mr. Jacks se lo devolvió en seguida.

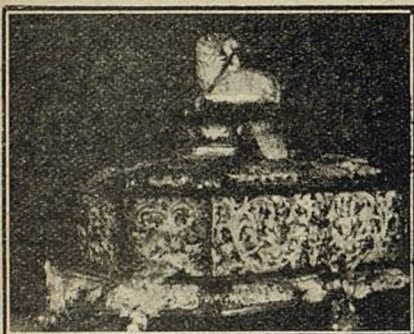
—Muchas gracias, Sr. Coulson, en otra ocasión los veré con gusto, pues soy aficionado á las máquinas, pero ahora lo que me preocupa es el otro asunto. Según eso, Sr. Coulson, ¿usted no conocía antes al joven Vanderpole?

—No le había visto en mi vida. He oído decir que me llamarán á declarar, pero le puedo á usted asegurar, que todo lo que sé está ya dicho.

El inspector se quedó parado un momento, perplejo. Su interlocutor le hablaba de maquinarias y Jacks le miraba con interés. Se consideraba un buen fisnomista, y se decía que no era posible que un hombre con aquella cara, le estuviese engañan-

COSAS RARAS Y NUEVAS

Al Sr. Villocks García de la Concha, nuestro corresponsal artístico de la



**ARQUILLA
HISTORICA**

Coruña, debemos poder presentar hoy á nuestros lectores, una curiosísima joya artística, la preciosa arquilla de plata que en el año 1691, fué regalada á la Colegiata de la Coruña, por doña María Palatino, reina de España.

Está considerada y es en efecto, una joya de gran valor, y durante los días de Jueves y Viernes Santo, figura en el Monumento que se levanta en la citada iglesia.

Esto debe ser verdad, pero hay muchos que no lo creen; entre otros, los habitantes de las inaccesibles montañas que se elevan entre el mar Negro y el Carpio, en los montes del Cáucaso.

Entre los pueblos que habitan esa región, hay uno, los Suancianos, que no han dado un solo paso hacia la civilización desde hace dos mil quinientos años.

Ese pueblo feliz, tiene, regularmente, cuatro días de fiesta por semana; esos son de rigor, y, además, guarda las fiestas extraordinarias, sin contar las vacaciones y algunos días extraordinarios que se toman de descanso.

Es de advertir que todos se creen nobilísimos.

El trabajo ennoblece.

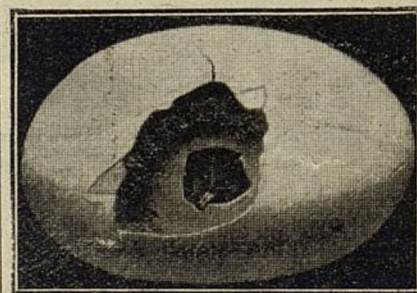
Varias son las anomalías que se han notado en los huevos de las aves, especialmente en los de las gallinas, tales como huevos sin cáscara, huevos con dos y tres yemas, y aún con varios objetos extraños.

Los huevos de dos ó tres yemas, estos últimos rarísimos, provienen de que se desprenden del ovario simultáneamente y caen en el oviducto dos ó tres huevos que son envueltos por la capa calcárea, y de la misma manera se explica que contengan sangre, fibras y otras substancias.

También se encuentran con alguna frecuencia huevos sin yema, que los latinos decían era el último huevo que ponía la gallina, después de haber puesto ciento, y por eso les llamaban ("ovum centeninum").

La anomalía más rara, sin duda, es la de un huevo metido en otro, como el caso cuya fotografía reproducimos.

En estos casos, el huevo incluido es, generalmente, muy pequeño y

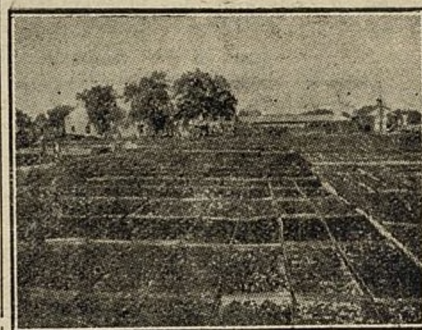


sin yema, y el huevo exterior del tamaño natural ó algo más grande.

El que reproducimos en la fotografía es un huevo enorme, puesto por una gallina de Brensin (Francia) Pesaba el huevo 204 gramos y medía 90 milímetros en su eje mayor y 58 en el menor. Tenía yema y clara normales; por una abertura de unos centímetros, se veía en su interior otro huevo de unos 65 por 45 milímetros.

Se citan algunos otros casos; pero ninguno tan voluminoso como el de la gallina de Bresse.

El secadero de frutas más grande que se conoce en el mundo, existe en



UNA FORTUNA EN FRUTAS

California, país conocido por la multitud de árboles frutales que allí se cultivan.

La industria de las frutas secas: ciruelas, pasas, orejones, etc., se hace en grande escala.

Nuestra fotografía representa el mayor secadero conocido en el mundo, en el que aparecen más de 1.800 bandejas de dos metros de largo por uno y medio de ancho, que se llenan de frutas y se dejan secar al sol.

El tiempo para el secado varía de ocho á diez días, según el calor del sol, y el tamaño de la fruta.

Todas las noches se da vuelta á las frutas durante el período del secado, y después se llevan al almacén, donde se empaquetan para la exportación.

En las bodas de Camacho hubiera hecho un magnífico papel el enorme

**BUEN
POSTRE**

queso que se ha fabricado en una granja de Appleton Wiscoss.

Mide dos metros 45 centímetros de diámetro, uno y medio de alto, y pesa la friolera de 12.000 libras.

Un bocadillo para Gargantúa.

Cuando las botas estén muy hámadas, échese una gota de parafina en el betún, y, á pesar de la humedad, adquirirán un buen brillo.

¡FRACASADOS! Si no llegáis á realizar vuestra ambición, antes de daros por vencidos leed el estudio que manda gratis con catálogo de libros, N. IVANOF. Boite, 249. Paris.

A todos los Anunciantes y al público en general le conviene **LOS SUCLIOS** porque es el periódico que alcanza mayor circulación entre los semanarios ilustrados.